

# LOS INTELLECTUALES CHILENOS Y EL MAR\*

*Enrique Campos Menéndez*

“...Y dijo también Dios: júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar y descúbrase lo seco. Y fue así. Y llamó Dios a lo seco Tierra, y a la reunión de las aguas llamó mares. Y vio Dios que era bueno”.

El mar cubre las tres cuartas partes de la superficie del Globo... Es tal su inmensidad, que su concepto no cabe en una palabra... Nuestra lengua, pese a sus esfuerzos, no ha podido atrapar su imponente grandeza en un sólo vocablo. Se le designa como mar o como océano, o reforzándose ambos términos para abarcar su magnitud: mar-océano. Y los poetas aumentan la sinonimia con las voces piélago y ponto. Algo semejante acontece con su género; lo rebasa: es tanto el mar, como la mar...

Su rostro, proteico e inconmesurable, se tiñe con todas las luces del iris y su gesto abarca toda la gama posible de las sensaciones; mar calma, llana, rizada;

marejadilla, marejada; mar gruesa o muy gruesa; arbolada, montañosa... mar confusa, tendida, sorda... picada, cabrillada, ampollada; mar de fondo, de hielo; cavada, encrespada, de cepillo... ¡Un rostro diferente para todas las más diversas expresiones!

En ese espejo, grandioso, mutable, sorprendente, se copian las más distintas apariencias, y es por eso que aquello que los ojos captan de su veleidosa realidad, la imaginación la multiplica hasta el delirio. El mar es fuente inagotable de verdades y fantasías, de historias y leyendas, de sueños y ensueños...

De todos los mares, hablaremos de uno solo... pese a que el tema nos empuja con su fuerte sugestión a tratarlo en su cautivadora amplitud. Las creencias, las artes, la literatura, la historia, las ciencias, se han explayado, desde la existencia del hombre, sobre tan apasionante tema, sobre esta realidad que es parte inseparable de nuestra propia realidad. Es que el mar,

---

\* Charla dictada por el Sr. Enrique Campos M., Director de Bibliotecas, Archivos y Museos, el 4 de mayo de 1983, en la Sala América de la Biblioteca Nacional, con motivo de la celebración del Mes del Mar 1983.

como elemento que nos contorna, que nos invita a la aventura, que nos encamina hacia nuevos horizontes, que nos nutre, que nos lleva y nos trae, que nos brinda nuevas expectativas de vida y al mismo tiempo nos la cercena con sus furias y abismos, está preñado de pasmosas sugerencias. Es, ante todo, un espectáculo descomunal, imponente, que colma nuestra capacidad de asombro. Que nos hace naufragar en sus insondables misterios y renovada belleza. Y pese a su magnitud, fuera de toda medida humana, es quizás, de todos los elementos, el que más y mejor refleja la vida del hombre, quien encuentra en el juego cambiante de sus aguas la imagen más clara, alucinante y viva de la inestabilidad de nuestro destino.

En la memoria de las viejas civilizaciones, en el seno de las cosmogonías y en el orden de las religiones; en los textos de Súmer, allá en la remota Babilonia o en la tradición de los pueblos nómades; en Homero, ese maravilloso ciego de múltiples ojos épicos, el mar ocupa un lugar activo y preferente. ¡Qué alegría la de su presencia! ¡Qué inmortal la propensión alegórica que admite! El mar del viaje y de la aventura... Con aquel flotar de Noé, salvando de las aguas al mundo de la vida; el mar de Jason y los Argonautas, ruta en pos del vellocino de oro; ese tejido con los hilos de fantasía en las *Mil y Una Noches*, por Simbad el Marino; el exótico de Marco Polo, decorado de refinados presentes de sedas, marfiles y perlas; el tenebroso de Sarmiento de Gamboa, con su antología de tragedias que lo elevaran al pedestal de ser un adelantado del infortunio...

El trajinado mar del comercio y la colonización, incesantemente barrido por un huracán de ambiciones sin tregua ni norma, pero que fuera fecundador de tantas lejanías.

El mar del pirata y del misionero... Por el que Drake, el "azote de Dios", con su *Golden Hind*, fuera dejando su estela de audacia y sangre, mientras en sus bodegas se atiborraban tesoros arrancados a timidas villas costeras o a artillados galeones imperiales... o aquel otro donde velara rezando San Francisco Javier sus dolorosos misterios, en la afanosa búsqueda de almas extraviadas en los remotos confines...

Mar infamado por el tráfico de esclavos o glorificado por la búsqueda de la libertad, donde, en uno, su voz fuera el látigo del negrero y, en otro, su aura fuera el hálito de idealismo que inflara las velas de las Escuadras emancipadoras...

Mar de la tempestad y de la calma; de la brújula y de las estrellas; mar de los dioses y mar de Dios. Allí está aún. Y estará vigilante, cuando todos nosotros seamos una sombra remota, en ese desfile de fantasmas que viera Hamlet en su metódico dudar cotidiano.

¿Y el mar de la música? El de Rimsky-Korsakov, sinfonía evocadora de sus experiencias en la Marina imperial; o el suave de Bizet, destacando entre sus compases las burbujas nacaradas de su *Pescador de Perlas*. O los alardes osados con que se encrespan las melodías de Berlioz o de Verdi... O las rítmicas en que se enlazan los acordes de Sibelius, Ravel o Albéniz. Y los bronces de Wagner atornando en torno a su *Buque Fantasma*... o Villalobos, entonando su canto melodioso al descubrimiento del Brasil... o el mar de Enrique Granados, acallando para siempre la voz alegre de sus arpeggios, en el fondo de su insondable seno.

¿Y el mar de la pintura... de la literatura, de la poesía, de la leyenda?

El mar... El mismo que Hernando de Magallanes vio deslumbrado, y Pigafetta dejó memoria de él en nuestro naciente Chile austral; el que la ciudad fundada "a la lengua del agua", que fue La Serena, pudo ofrecer en su abrazo azul al hombre de la conquista; aquél cuyos frutos deslumbraron al padre Alonso de Ovalle, que se deleita describiéndolos en su *Histórica Relación del Reino de Chile*. El que el trovador burlesco de los compañeros de Valdivia sugería cuando entonaba: "Cata por dónde va el lobo", viendo partir la nave que llevaba el oro como señuelo al Perú, con el fin de convencer de las riquezas de Chile. El mismo en el que el *Real Situado* surcaba, rumbo a Concepción, cruzando las distancias y el riesgo, para mantener las huestes de este Flandes indiano, en el combate fiero con los naturales. ¿Cómo no ver en nuestro mar el punto de partida de una maravillosa fundación?

Y fue don Alonso de Ercilla, en el sonar bronceado de sus octavas reales, quien en ese momento imperecedero que fue *La Araucana* registró en el protocolo poético de su ingenio ese prólogo auroral y definitorio de la patria:

*Es Chile norte sur de gran longura,  
costa del nuevo mar, del sur llamado;  
tendrá del este a oeste de angostura  
cien millas, por lo más ancho tomado;  
bajo del polo antártico en altura  
de veinte y siete grados, prolongado  
hasta do el mar oceano y chileno  
mezclan sus aguas por angosto seno.*

*Y estos dos anchos mares, que pretenden,  
pasando de sus términos juntarse,  
baten las rocas y sus olas tienden,  
mas esles impedido el allegarse;  
por esta parte al fin de la tierra hienden  
y pueden por aquí comunicarse:  
Magallanes, señor, fue el primer hombre  
que, abriendo este camino, le dio nombre.*

Lo que el mar de Chile otorga es la ofrenda de sí mismo. Desde el alimento hasta la belleza de sus formas; desde la sinfonía wagneriana de sus furias desatadas hasta la gracia que permite la visión doméstica de un barco de cabotaje, orillando las costas de este largo país que un poeta describiera como con "forma de hijo". Es un mar mitológico y un mar literario. Es un mar que acepta el desafío y sirve de apoyo o de tumba. Es un mar para ver y para amar. Mariano Latorre, que vio, describió y amó el paisaje de Chile, nos dice, con su prosa detallista y colorida:

"Mar amigo de la cordillera que baja en las venas de sus ríos, empapados de altura, a teñir el verdor de las olas de azules transparencias.

Mares del sur, blanqueados por la nieve de antárticos plenilunios, mares de frías corrientes, ceñidos de ventisqueros y de islas, por donde cruzan a la deriva témpanos errantes, trozos de polo, y donde asoman su lomo las ballenas, pedazos del continente".

El mar no sólo es señorío. Puede, también, convertirse en parte de la piedad y del rito. ¿Quién no ha visto en un mes de junio que se multiplica acechando la posible tempestad, el acento religioso, puesto para agradecer a San Pedro su patronazgo definitivo? ¿Y al paciente y santo varón barbado presidir, desde un lanchón o de un bote, ese homenaje con el cual se pretende pagar la deuda por la buena fortuna en las redadas, en las que se mostrara maestro el antiguo pescador de almas del lago Tiberiades?

Diego Dublé Urrutia, poeta que se ocupara en cubrir terrenos tan vastos y

disímiles como la cordillera, las minas y los campos, para terminar, en límpida aventura del alma, expresando su sed religiosa en la *Fontana Cándida*, pintó al mar en un célebre poema descriptivo:

*Hierve la mar de barcas. Las velas curvas  
juegan al sol, llevadas a la bolina,  
y mientras llega el santo pifian las turbas  
a un bergantín que cruza la Quiriquina.*

Sin duda, el mar es proteico. Sus múltiples rostros nos encubren y nos descubren. La bocanada salina se registra en toda la bitácora, prolongando su sentido natural. ¿Quién no ha tratado de competir adivinando su color verdadero? El ruido de la sirena de un remolcador nos remite a un tiempo de la especie. Ray Bradbury ha contado una bella historia de una bestia tremenda, sobreviviente de la prehistoria, que se enamora de la poderosa voz del amor de una sirena que daba su aullido de Julieta, entre los papirotazos de luz de un faro, ojo de Cíclope eterno.

Nuestro insigne escritor del mar, que alguna vez firmara – en homenaje al polaco Joseph Conrad, marino de verdad como Herman Melville, Pierre Loti y como Emilio Salgari – con el nombre de Lord Jim (hablo de Benjamín Subercaseaux), pintó voluntariosamente el mar en *Chile o una loca Geografía*, en *Tierra de Océano* y en *...Al oeste limita con el mar*. ¡Qué precisión de una historia vigorosa y viviente del territorio que es, también, el mar, la que brota de su pluma y que contornea perfilando de azul nuestra extravagante geografía!

Como un gran padre, el mar otorga el don de la vida y la entrega de la muerte. Es un misterio, gozoso y doloroso al mismo tiempo. Los canales de un sur que volviéndose realidad y metafísica se le aparecen al noble narrador y poeta que fue Pedro

Prado, como un himno latino, como una sinfonía de Beethoven, como una gloria, la de un catalejo poderoso e interior que define, muestra, sigue el vuelo de las aves, redescubre el sentido oculto de la naturaleza, teniendo en cuenta que siempre hay algo más allá, un fantasma que escapa a las mediciones y a las cartas marinas. *Los Pájaros Errantes* es una pieza mayor de nuestra literatura:

“Era en las cenicientas postrimerías del Otoño, en los solitarios archipiélagos del sur.

Yo estaba con los silenciosos pescadores que en breve crepúsculo elevan las velas remendadas y transparentes.

Trabajábamos callados porque la tarde entraba en nosotros y en el agua entumecida.

Nubes de púrpura pasaban como grandes peces, bajo la quilla de nuestro barco.

Y las velas turgentes de la balandra eran como las alas de un ave grande y tranquila que cruzara, sin ruido, el rojo crepúsculo.

Yo estaba con los taciturnos pescadores que vagan en la noche y velan el sueño de los mares”.

Con lúgubres tintas, con señales alarmantes, mirándole como parte de la ira de Dios, desde los tiempos más lejanos, se nos aparece el golfo de Penas.

Francisco Coloane, en nuestra literatura, ha dejado algunas de las páginas mayores de este lugar tan mal afamado, pero que se respeta eternamente a sí mismo, porque sabe muy bien lo que puede:

“A través de grandes mares arboladas, llevábamos dos días en medio del golfo de Penas, luchando contra un temporal del noroeste. Era esa mar gruesa, pesada, que como montaña de agua queda bailando después de la tempestad.

Entre ola y ola nuestro barco se recostaba como un animal herido en busca de una salida a través de ese horizonte cerrado de lomos movedizos y sombríos”.

Y el escritor, sobre ese tablado inestable y abismal, urde la trama humana de sus marineros que desafían la tempestad.

Si el marinero, en un alto en el camino del mar, baja al Puerto, y éste es Valparaíso, “la ciudad del viento”, que alguna vez –según Joaquín Edwards– fue un “conservatorio de modales”, con su paso “gringo”, su aire “gringo” su colegio MacKay, sus cuadros de Somerscales, el olor del tabaco, la seriedad comercial y el cerro Alegre, o Pleasant Hill, sólo le queda ir al Barrio Chino para encontrar la otra cara de la medalla, el símil de Macao o del Estambul anterior a la era de Kemal Ata Turk. Por allí, arranca una cuenca marinera:

*A la mar, marinero.  
Al agua, pato.  
Se está quemando el castillo  
del Rey de Bastos,  
del Rey de Bastos, sí,  
yo no lo ignoro  
que se va navegando  
la Sota de Oro.*

*Corre con viento en popa  
la Sota de Copas.*

Y, en Valparaíso, Salvador Reyes, que escribió sobre el amor y sobre la

muerte, sobre libros y humo de pipa, sobre Rimbaud y el pernod, no dejó de admirar una institución que la memoria no puede dejar de lado. ¿Quién puede desempeñar, desde el viejo Olaf heroico, oficio más digno que el de salvar a los heridos por la tempestad, a los naufragos de la vorágine. El Bote Salvavidas está allí, viviente, servidor público contumaz. Y es el Juan Sin Miedo colectivo, que hace el bien sin mirar a quien. Salvador Reyes, como nadie, nos contó la hazaña constante de espera y coraje del Bote Salvavidas, con sus remos siempre listos para socorrer a las embarcaciones cuando sopla el vendaval y la bahía del puerto se transforma en un hervidero de espumas.

Los niños hacen del mar una nostalgia y juegan en la playa con la arena, poniendo desenfreno en la imaginación. Sara Vial escribió el bello poema *Mar de Chile*:

*Respiración rebelde que conozco  
desde el agua primera,  
originaria sal de mi primer llanto  
en mi pequeño balde  
de aluminio de infancia en que cupiste,  
me diste el primer eco  
de tu redoble azul, primera hebra  
de tu estelar idioma.*

Pablo Neruda ha escrito que las algas son “los enlutados guantes del océano”. Huidobro ha escrito el maravillado poema llamado *Monumento al Mar*. Gabriela Mistral, componiendo un mapa audible de Chile, lo ha signado con palabra tremante. Si el mar, que nos pertenece por herencia de Dios, nos depara el alimento de mañana, ¿qué hemos de hacer, para agradecerle, sino invocar, con el lenguaje del poeta?:

*Oh mar, así te llamas,  
oh camarada océano,  
no pierdas tiempo y agua,  
no te sacudas tanto,  
ayúdanos,  
somos los pequeños  
pescadores,  
los hombres de la orilla,  
tenemos frío y hambre,  
.....  
abre tu caja verde  
y déjanos a todos  
en las manos  
tu regalo de plata:  
el pez de cada día.*

El mar es movimiento, una enorme célula donde nació la vida. Su rostro cambia a cada instante; como si fuera un espejo de lo mutable que es el existir del hombre. El mar es verde, azul, violeta, dorado. La luz es su constante inspiradora, su musa veleícosa. Y el viento es su acicate. A veces lo deja dormirse en sus plácidos reflejos, pero en otras le hunde sus zarpas invisibles, lo aíra y el mar se encorva encabritado y revienta en furia de espumas.

El pintor de Chile, nacido al borde del océano sin riberas, ha mojado sus pinceles en esas luces y sombras que proyecta la cambiante fisonomía de nuestro mar. Y de ese quehacer del artista, inspirado en su descomunal y variable belleza, ha surgido otro mar: el de la plástica, que domesticado, entre la celda de un marco, nos entrega su mensaje de infinitos.

Carlos Wood Taylor, un marino inglés, enamorado de la libertad y del Chile naciente, ancla en nuestro país y deja atrás el recuerdo de las brumas de Burslem, su pueblo, en que aprendiera a fijar en la cerámica los primeros trazos de su talento pictórico.

Wood se veía a sí mismo, y de su inquieta paleta va surgiendo el azul del mar. Pinta lo que ve y lo que siente y recuerda. Sus "vistas" de Valparaíso, su *Nafragio de la Arethusa*, con su dramatismo, quedan como testimonio de su aguda sensibilidad.

Otro marino inglés, nacido en Hull, guardaba en su paleta de pintor las olas de su mar del Norte... Pero en diciembre de 1869, después de navegar por los siete mares, fondea en Valparaíso junto al Colegio MacKay, donde enseña inglés, aritmética y... dibujo. Al principio regalaba sus cuadros a sus amigos; luego se aventura con lienzos de mayor tamaño, todos ellos vinculados con su tema favorito: el mar, el puerto, los buques. Permanece treinta años en nuestro país y en ellos va llenando sus telas de los principales acontecimientos en los que el mar es el principal protagonista. Con admirable precisión y detallismo nos brinda las estampas más bellas, emotivas y veraces de los combates de la Guerra del Pacífico. Cada uno de sus cuadros es una instantánea perenne de la epopeya gloriosa de nuestra Armada.

Por esas mismas singladuras se inspiró Casanova Zenteno, dejándonos en magníficas creaciones una escuadra de navíos, abriendo con sus proas un viaje por el piélago del heroísmo y la belleza.

Pedro Lira, uno de nuestros más consagrados maestros, aprisionando entre sus ocre de costas rocosas y de arenas recoletas, nos hace aparecer unos mares plácidos en los que una vela pone la nota humana y romántica. Ramón Subercaseaux, en cambio, nos pinta un mar cautivo entre los paredones de los diques o lamiendo dulcemente una playa donde

velan las goletas su aventura de redes en la pesca de altura.

Juan Francisco González no necesita dibujar el mar. Parece que volcara su aleta fecunda en los lienzos como un chorro vivo de luz y color, que al decantarse en la tela burda va formando la mancha de una marina. A veces es un resplandor azul, otras, un juego dorado de crepúsculos.

A partir del 900, son los grupos artísticos los que abordan el tema: los de la Exposición Internacional del Centenario, la generación del 13, el Grupo Montparnasse. De ellos recogemos la bella magia de unos pescadores pintados por Arturo Gordon; impresionismo, colorido fuerte y profundo en el que el mar parece agitarse en la tela. Y por otros senderos de sus mágicas paletas: Camilo Mori, Rebolledo Correa, Pacheco Altamirano... Desde allí para adelante, el mar está y no está en las creaciones... Sus aproximaciones son difusas y responden más a expresiones anímicas que a representaciones de una realidad. Pareciera que los ojos de los pintores se hubieran vuelto hacia adentro y sólo reprodujeran las imágenes de su subconsciente... Existe un regreso al realismo, al hiperrealismo, y volvemos a ver el mar, nuestro mar, y asoman de nuevo los buques, las goletas, los botes...

El mar, sin duda, ha sido y será un tema presente en la pintura chilena; y no podría ser de otro modo, ya que su viva realidad significa tanto o más, en nuestro ámbito geográfico y vital, que la montaña, el valle o la pampa.

Más allá del vuelo de la literatura, de las fulguraciones del arte pictórico, de las cadencias y ritmos de la música, hay un mar que también ha teñido el tiempo con sus sugerencias, con sus galas, con sus

mutaciones espirituales y que ha recogido la historia de su vaivén incesante. Es el mar como escenario del hombre, como palestra de sus luchas, como horizonte en que se vacía su suprema grandeza. Es el mar que recoge los heroísmos cotidianos del pescador artesanal, del buzo marisquero, del farero solitario, del navegante, ya sea capitán, pilotín o marinero, que surcan sus aguas domesticando su bravura y poniéndola al servicio del hombre: para alimentarlo, para abrirle rutas a su comercio, para enlazarlo con otros pueblos fraternos y lejanos. Y en ese mar, cada día, se vive una acallada epopeya.

Mas, un día, ese mar que parece impávido se transforma de pronto en el gran escenario, en el yunque en que se templarán todas las bizarrías. Entre sus calmas y tempestades, auroras y ocasos, brumas y resplandores, lunas y soles, el mar, nuestro mar, se hizo más chileno, bautizándose con sangre de héroes. Gota a gota, se fue tiñendo de glorias que se tejieron entre sus ondas majestuosas, que se guardaron para siempre en su urna transparente. Ese mar calmo de la bahía de Iquique, que erizó su superficie de pasmo por el prodigio de la inmolación en aras de la dignidad de la patria; ese mar de Punta Gruesa, que guardó entre sus rompientes el gesto bizarro de la feliz aventura; ese mar ondulado de Angamos que transmitió en sus olas el grito de la victoria... Ese mar que vio pasar la lenta figura de la *Yelcho*, en su taimada búsqueda de la expedición perdida, que copió la silueta de la *Baquedano* y copia la de la *Esmeralda* paseando con orgullo el pabellón patrio por aguas distantes. Ese mar que abren las proas de nuestra Armada en su ronda soberana, para legarlo intacto a nuestros nietos... Ese mar quieto, endurecido por el hielo, que nos abre un nuevo continente... Ese mar chileno, fecundado por nuestro heroísmo de las gestas

de la guerra, de nuestro trabajo en las diarias jornadas de labor. Ese mar nuestro, al que hoy elevamos la consideración de nuestro emocionado acento.

Por eso lo glosamos cantando, como canta el mar en las velas, como cantan los marinos entre las singladuras:

*Marino sin vacilar,  
navega con tu cantar  
lejos te esperan mil dichas  
que no podrás olvidar.*

Chile es un país que fue descubierto desde el mar. Fue Hernando de Magallanes quien, en 1520, avizorara y pusiera pie por primera vez en tierras que serían chilenas. Dieciséis años antes de que Almagro bajara con sus huestes desde el Perú y veintiuno antes de que Valdivia fundara Santiago. Este es algo más que un hecho anecdótico. Si se toma en cuenta el continente antártico, es precisamente en Punta Arenas donde está el centro de Chile. Y esto no lo cuento sólo para solazarme en nombrar con indisimulado orgullo a mi tierra natal, sino porque de este hecho real se desprenden muchas premisas y enseñanzas que deben obrar en la conciencia del chileno. La inicial, ya está dicha, que fuimos descubiertos desde el mar, de manera que ese es el elemento que nos une con la civilización cristiana occidental a la cual pertenecemos. Del mar, a través de todas las épocas, nos llegó la cruz y el libro, la espada y la ley, la conducta y la

tradición, el idioma y la sangre. Por otro lado, el mar debe considerarse como parte integral de nuestro ámbito. El mar chileno es tan nuestro como la tierra chilena. Son una unidad indestructible, armónica y complementada. Además, el mar es una entidad cultural, una forma de comprensión más cabal de lo que es nuestra patria. Un chileno que no conoce y ama el mar, es apenas medio chileno.

¿Pero qué podemos esperar del mar? Si antes fue el único camino para ponernos en contacto con el resto del Mundo, y por él vinieron todas las esencias de nuestra civilización, hay que decir, también, que fue el mar mismo una forja donde se creó el alma nacional.

¡Señores!

El mar chileno es un poema y una sinfonía; una sonata y el fulgor de una pintura; un yunque forjador de hombres de bien y una escuela de viejas sabidurías; un rumbo y una bandera; el mar de Chile es parte de nuestra alma nacional, y por sus aguas infinitas y abiertas iremos en busca de un futuro que gracias a la riqueza que guarda en su cofre de cristal temple el alma y nutre el cuerpo de la República con sus pródigas esencias.

Si conquistamos definitivamente nuestro mar, habremos conquistado, también, la grandeza de la patria.